

Nuevas derechas, nuevos problemas: idiosincrasias opositoras en América Latina del siglo XXI.

Amilcar Salas Oroño.

Cita:

Amilcar Salas Oroño (2015). *Nuevas derechas, nuevos problemas: idiosincrasias opositoras en América Latina del siglo XXI*. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/451>

Título: “Nuevas derechas, nuevos problemas: idiosincrasias opositoras en América Latina del siglo XXI”

Autor: Amílcar Salas Oroño

e-mail: amilcarsalas@yahoo.com

Institución: Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC)-Universidad de Buenos Aires

Resumen

Los Gobiernos del “nuevo ciclo político” latinoamericano han despertado una serie profusa de interpretaciones y caracterizaciones desde las más diversas perspectivas ideológicas y metodológicas. En cierta medida, se han convertido en un objeto de debate que ha ocupado un lugar relevante en las discusiones de las ciencias sociales de la región. Sin embargo, dentro de esta profusa bibliografía, poca atención se le ha prestado a la naturaleza de los “nuevos problemas” que estos mismos gobiernos han dado a lugar. Si es cierto que todo “ciclo político” trae el desarrollo de nuevas contradicciones y nuevas demandas, su caracterización debe ser advertida para poder avanzar en una comprensión de la dialéctica general del proceso histórico. Así, en esta ponencia se analizará puntualmente el caso brasileño, cuyas singularidades permiten colocar las reflexiones en cuestión sobre un punto de vista específico, pero que habilita a pensar no sólo la conexión entre “nuevos problemas”/“nuevas derechas” sino también respecto de los espacios institucionales en donde estas últimas se proyectan.

Nuevas derechas, nuevos problemas: idiosincrasias opositoras en América Latina del siglo XXI

Amílcar Salas Oroño*

Introducción

Luego de casi una década desde que se fue afirmando un “nuevo giro político” (Ramírez Gallegos, 2006) en América Latina, algunos aspectos vinculados con la estructuración de las disputas político-partidarias obligan a revisar los registros habituales con los que se han interpretado las singularidades de estos procesos democráticos. Si bien hay un mapa medianamente nítido de los cambios y las transformaciones, la naturaleza de los impactos será siempre diferente según la morfología y las tensiones sobre las cuales se asientan. Un aspecto no del todo destacado es la forma concreta en que se dan los realineamientos partidarios, esto es, las (nuevas) “fronteras políticas” - y su mecánica derivada- entre quienes, a fin de cuentas, resultan ser actores claves del proceso: *las coaliciones y los partidos políticos*. Se trata de una cuestión tanto analítica como políticamente importante, sobre todo para poder observar y entender cómo los sistemas políticos absorben, rechazan o internalizan los diversos problemas que van apareciendo. En esas dimensiones donde, también, se ubican las singularidades de los “nuevos problemas”.

Por las características de su matriz socio-histórica, un análisis más detallado sobre el sistema político brasileño puede brindar algunos aspectos que, al margen de registrar su singularidad, permiten señalar elementos que, en un grado de manifestación más nítido, se presentan en otros países que también atraviesan este *cambio de época*. Nos referimos a aquellos cambios originados, de forma *indirecta o no deseada*, por el sostenido crecimiento económico y las transformaciones socio-culturales que acarrea. Al respecto, en este trabajo se expondrán secuencialmente los siguientes aspectos temáticos vinculados: a) las

* Lic. Ciencia Política (UBA), Magister Ciencia Política (USP-Brasil), Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Lugar de trabajo: Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC-Fac. Ciencias Sociales-UBA). amilcarsalas@yahoo.com.

características genéricas y contemporáneas del sistema político brasileño; b) la idiosincrasia de la coalición presidencial que permite las victorias de Dilma Rousseff, concentrando el argumento en el partido político que se posiciona, en la trayecto, como emblemático de la “amplitud” de aquella coalición: el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB); c) finalmente, las relaciones que pueden establecerse entre los nuevos “clivajes sociales”, la estructuración de la competencia partidaria y la naturaleza de las “coaliciones políticas”. Una reflexión que, tomando como punto de apoyo al sistema político brasileño, pretende dirigirse en el futuro hacia una elaboración más genérica de la cuestión: los “nuevos problemas”, aquellos que precisamente dan espacio para que se expandan las posiciones de las “nuevas derechas” (en la competencia política), pueden, también, estructurarse al interior de una coalición gubernamental.

Del multipartidismo a la simplificación partidaria: los partidos políticos brasileños.

Las elecciones presidenciales brasileñas del 2002 vinieron a consolidar una tendencia: de un “multipartidismo caótico” (Mainwaring, 1993) y una “fuerte dispersión de las opciones políticas” (Lamounier y Meneguello, 1986) durante los primeros años de la democratización, con una manifiesta “volatilidad electoral”, que fue interpretada en su momento por varios autores como “crisis de la representación partidaria”, hacia el 2002 se verifica una “estabilización del sistema partidario” y un afianzamiento de la “identificación partidaria” en la elección que consagra a Lula Presidente. Durante esas décadas en Brasil se consolida una

“tendencia a la modernización y estabilización del sistema político, manifestada en el fortalecimiento de un bipartidismo a escala nacional, el ocaso de las oligarquías estaduais, el equilibrio del voto entre los diferentes niveles de gobierno y la lógica centrista de los principales actores” (Echegaray, 2006: 27).

Se trata de una *modernización* gradual que se terminó estructurando en dos grandes conglomerados partidarios: uno liderado por el Partido dos Trabalhadores (PT) y sus

satélites, y el otro por el Partido Socialdemócrata Brasileño (PSDB) y su principal aliado, el Partido del Frente Liberal (PFL). Esta caracterización del sistema político brasileño no es un aspecto secundario: a diferencia del resto de los países latinoamericanos partícipes del “nuevo giro político” en Brasil estas circunstancias políticas se dieron, y hasta se vieron favorecidas, por el hecho de la estabilización político-partidaria.

Ahora bien, para comprender con cierta profundidad las características actuales del sistema político brasileño – y la tendencia bi-coalicional mencionada- es necesario establecer una mínima revisión histórica teniendo en cuenta que, por muchas décadas, la mayoría de los analistas y especialistas dedicados a interpretar el caso brasileño lo señalaban como un ejemplo de “políticos sin partido” (Cavarozzi y Casullo, 2002: 14). En ese registro, deben identificarse “raíces” relevantes (lo que también permite reflexionar, en otro orden, sobre el carácter “nuevo” de las dimensiones sobre las que se proyectan los “nuevos problemas”): algunas se remontan al período post-1945; otras tienen que ver con los realineamientos establecidos por la dictadura del ‘64 – sobre todo los cambios introducidos en 1965-1966, y los que abrieron la posibilidad de un nuevo mapa político en 1979-1980 –; y, finalmente, las implicancias y formas políticas que supuso el propio fin de la dictadura.

La posibilidad de que J. Kubitschek - una vez de vuelta del inmediato exilio al que había sido expuesto tras el golpe militar de 1964- se pusiera al frente de la oposición, tras una secuencia de victorias electorales estatales de su partido (PSD) durante 1965, llevó a la dictadura a un reforzamiento de su control con el Acta Insitucional N° 2: las futuras elecciones estatales serían indirectas y se extinguían los partidos políticos existentes. A partir de allí, y por las restricciones que fueron impuestas, se compuso un bipartidismo “provisorio” que agrupaba, por un lado, a la Alianza Renovadora Nacional (ARENA) y a un partido de “oposición”¹, el Movimiento Democrático Brasileiro (MDB). En la transición del anterior *pluralismo* a este bipartidismo “provisorio”, ARENA pasa a ser, siguiendo a Sartori (1994) un “partido dominante”. A su vez,

¹ Sobre el carácter opositor del MDB y los condicionamientos institucionales establecidos por la dictadura, ver Salas Oroño (2009), en el que se describen las *acciones* y *reacciones* de este partido frente al ambiente. Sobre este tema, ver: Melhen (1995).

“con el endurecimiento de la dictadura militar en 1968 (AI-5) y el denominado “milagro económico”, en 1970 el ARENA aumentó su margen en la cámara baja del 67,5% para 72%. Temiendo una “mexicanización” del sistema partidario brasileño, varios líderes del MDB propiciaron la autodisolución de la sufrida sigla de oposición” (Fleischer, 2007: 309).

Por esto mismo es que se hace difícil poder establecer una “estructura de competencia” durante la dictadura. Incluso la liberalización de las normas que regulaban las campañas electorales a partir de 1974, bajo el gobierno de E. Geisel, que permitió elegir ese año 22 senadores del MDB y aumentar su proporción en diputados – 44%- no debe hacer confundir el período: se trata de un régimen político autoritario que otorga concesiones representativas e, inmediatamente, amenaza con negarlas en tanto coloquen en riesgo el ejercicio del control militar (Gaspari, 2003)². Sólo puede aceptarse el establecimiento de una “competencia partidaria” medianamente libre a partir de la aprobación de las modificaciones a la Ley de Partidos Políticos vigente en diciembre de 1979 en la que se da por finalizado aquel bipartidismo “provisorio”³.

A partir de 1980, el antiguo MDB fue dividido, quedando el PMDB (Partido del Movimiento Democrático Brasileño) con apenas la mitad de sus diputados y ARENA se reconfiguró en el Partido Democrático Social (PDS). Un nuevo partido de centro - Partido Popular (PP) - captó una buena porción de *emedebistas*, la resucitada herencia política varguista se dividió entre el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB) y el Partido Democrático Trabalhista (PDT) y el Partido dos Trabalhadores debió recurrir a la incorporación de antiguos políticos electos por el MDB (cinco diputados y un senador) para poder lograr el status de nuevo partido legislativo. En esta fase inicial de un nuevo pluralismo, salvo el caso del PTB, ningún otro partido del período anterior a 1965 fue “resucitado”: en ese sentido, la “apertura democrática” tendrá un carácter “fundacional” al respecto.

² A diferencia de algunas interpretaciones históricas que ubicaron a la transición brasileña como un ejemplo de “traspaso” (Stephan, 1988), en la que los militares fueron concediendo garantías democráticas progresivamente, otros historiadores han resaltado que hasta la propia asunción del gobierno por parte de J. Sarney estuvo signada por la tensión entre el establecimiento de la democracia y una vuelta de los militares al control político (Gaspari, 2003).

³Al margen de que el nuevo registro partidario contiene algunas cláusulas bastante restrictivas y se mantienen proscripciones - como la del Partido Comunista Brasileño, entre otros.

En las primeras elecciones realizadas con las nuevas agremiaciones – 1982⁴ – se confirmó en el Congreso un “pluripartidismo bipolarizado” (Fleischer, 2007: 313) entre el PDS, al cual se le agregaron circunstancialmente diputados electos del PTB, y el PMDB, en torno al cual se le adherieron apoyos provenientes de la mayoría de las otras fuerzas. Con la conformación, en 1985, del Partido del Frente Liberal⁵, y al margen de las implicancias que supuso la “novedad” del Partido dos Trabalhadores, el sistema político diversificó su “pluralismo partidario” en tres polos: PDS, PMDB y PFL. Pasadas las elecciones que consagran como Presidente a J. Sarney⁶ como Presidente, finalmente el Congreso aprueba la Enmienda Constitucional N°25 en la que, entre otras cosas, se liberan las reglas para la formación de nuevos partidos.

De un lado del espectro político salen de la clandestinidad – hasta entonces dentro del PMDB- el Partido Comunista Brasileño (PCB), el Partido Comunista del Brasil (PCdoB) y el Partido Socialista Brasileño (PSB). Del otro lado, del PSD surgen el PDC y el Partido Liberal (PL). De esta manera, el sistema partidario se expande de 5 a 11 partidos relevantes y el PMDB se vuelve “dominante” desde el punto de vista de los respaldos electorales, cuestión que queda bien clara en la votación de los convencionales a la Constituyente – en el seno de la cual surgirá, primero como sector interno al PMDB y en disidencia a las actuaciones de éste en la Asamblea Constituyente, el grupo que dará origen al Partido Socialdemócrata Brasileño (PSDB).

De los 17 partidos políticos constituidos hacia finales de 1988, el sistema partidario sufre una nueva expansión en 1989 cuando la Justicia Electoral habilitó a 22 partidos para disputar la elección directa a la Presidencia (Gurgel y Fleischer, 1990). Junto con las elecciones generales de 1990, en las que 19 partidos alcanzan una representación mínima en el Congreso Nacional, las elecciones de 1992 para intendentes, en las que se verifica una importante dispersión electoral, sin demasiadas regularidades respecto de ciudades grandes

⁴ Elecciones federales para ambas cámaras y gobiernos estatales.

⁵ El último Vicepresidente de facto - A. Chaves-, M. Maciel y J. Sarney fueron los principales articuladores de la escisión interna en el PDS, correspondida por una parte del propio PMDB, que culminaría con la candidatura de T. Neves a Presidente y J. Sarney a Vicepresidente. Hay que tener en cuenta el contexto: durante 1984, habrá un escenario político fuertemente marcado por varios actos y movilizaciones, dentro de los cuales hay que mencionar los vinculados con las candidaturas de T. Neves y P. Maluf.

⁶ J. Sarney asume el 15 de marzo de 1985 en razón de la enfermedad y muerte de T. Neves, quien había sido electo como Presidente.

o pequeñas, representan un momento paradigmático de la evolución partidaria brasileña: a diferencia de cualquier otro ciclo histórico anterior, el “pluralismo exacerbado”⁷ se impone como formato del sistema partidario, con la particularidad de la ausencia de una clara divisoria ideológico-política que organice la competencia. Los términos en los que había sido planteado el segundo turno electoral en las presidenciales de 1989 y el proceso de *impeachment* a F. Collor pusieron más desorden en las coaliciones y reagrupamientos partidarios. Incluso las modificaciones reglamentarias de la legislación electoral, como las de la Ley N° 8.713 de 1993, que no incluyeron ni la prohibición de las coaliciones ni un piso mínimo de “exclusión” para los pleitos electorales proporcionales, parecían incentivar un desorden del propio sistema partidario⁸.

Sin embargo, con la salida progresiva de la crisis del Plan Cruzado, que construyó no sólo la candidatura de F. H. Cardoso así como también opacó la preeminencia de ciertos políticos tradicionales y colocó al PSDB en un lugar destacado del juego político, el panorama se modifica: a partir de 1994 comienza a haber una “simplificación” de los partidos con protagonismo a nivel federal – que coexiste con escenarios diversificados a nivel local o regional - propiciada, también, por el ordenamiento del cronograma electoral. A partir de allí empieza a tener peso la “identificación partidaria” como factor explicativo del sistema político en general: por primera vez, las cuestiones ideológicas despuntan como orientadoras de los comportamiento ciudadanos (Nicolau, 1996).

Una síntesis del período 1980/1994 supone, entonces, resaltar una serie de cuestiones. Para empezar, llama la atención, sobre todo en comparación con otros momentos democráticos previos, el número excesivo de partidos – a nivel federal –; una alta “fragmentación” de la competencia partidaria, verificada, por primera vez, en las

⁷ Para D. Fleischer (2007) el “pluralismo exacerbado” incluye el período 1989/1997. Sin entrar en polémica con el segmento temporal distinguido por el autor, aquí se acota el “pluralismo exacerbado” al período 1989/1994. Los momentos anteriores, “pluralismo bipolarizado”, y posteriores, los dos “conglomerados políticos” señalados por F. Echegaray, dan unidad al segmento 1989/1994; los argumentos de D. Fleischer no tienen demasiado en cuenta la relevancia de las modificaciones institucionales propuestas hacia la elección Presidencial de 1994, fundamentales para comprender el sentido de los cambios y la “simplificación” de la competencia partidaria a la que se hacía alusión al inicio del Apartado.

⁸Otras medidas incluidas en dicha Ley, como la necesidad de afiliación partidaria previa para las candidaturas presidenciales de 1994 o la necesidad de identificar las cantidades de las contribuciones, así como el requisito de un mínimo parlamentario para las candidaturas presidenciales, fueron medidas que propiciaron el cambio de rumbo que ocurrirá de allí en adelante en el sistema político.

representaciones que participan del proceso Constituyente. Entre 1980 y 1994, el número de partidos que concurre a alguna de las elecciones se eleva a 60, aunque también hay que advertir que, con el tiempo, los partidos políticos legalmente inscriptos tienden a disminuir: hacia finales de 1995, sólo 23 habían obtenido un registro definitivo. Este fenómeno se articula con otro: la “fragilidad” partidaria.

La discontinuidad de los partidos políticos brasileños en este sub-período también es una marca distintiva; y la mayoría de los mismos, estrechamente ligados a proyectos personales. “Partidos que poco tiempo después desaparecerían o perderían cualquier influencia en la política brasileña, si es que alguna vez la tuvieron” (Rodríguez Martins, 2002: 31). Un “individualismo de los políticos” (Rodrigues Martins, 2002: 32) que, también, repercutió en la competencia intrapartidaria, desacreditando el debate interno y promoviendo campañas electorales fuertemente vinculadas con las características e intereses personales.

En segundo lugar, los sucesivos cambios de partido por parte de los políticos, aspecto que evidencia falta de cohesión, disciplina y fidelidad partidaria. Entre 1983 y 1987, 31% de los diputados cambiaron de partido; entre 1987 y 1991, el 27%; entre 1991 y 1995, 26% (Melo, 2000: 210). En la elección que se convierte en “bisagra” de la tendencia representativa en Brasil, examinando la trayectoria de los 513 diputados electos en 1994, se verifica que el 64,6% habían cambiado de partido por lo menos alguna vez (Nicolau, 1996: 65). Este problema, quizás uno de los más singulares del sistema político brasileño, y el que otorgó argumentos para las caracterizaciones más “pesimistas” de algunos estudiosos (Mainwaring, 1993) se presenta estrechamente ligado con la falta de consistencia ideológico-programática con la que muchas veces se construyeron las “coaliciones electorales” en los diferentes niveles municipal, estadual y federal (que no impedían coaliciones “contradictorias” entre los distintos niveles).

La mayoría de los análisis coincidía - desde mediados de los ´80 hasta mediados de los ´90 - con el mismo diagnóstico: el “subdesarrollo partidario”.

“En perspectiva comparada, el Brasil es un caso notable de subdesarrollo partidario. Si partimos del presupuesto de que

partidos fuertes y bien arraigados en la sociedad son indispensables para la consolidación democrática, nuestra discusión debe enfocarse, desde el inicio, en esa larga historia de discontinuidad y debilidad”. (Lamounier y Meneguello, 1986: 9)

Como lo afirma L. Rodriguez Martins:

“Uno de los resultados de ese “subdesarrollo partidario” sería la profunda inestabilidad de nuestro sistema partidario, su incapacidad para representar intereses sociales y, básicamente, para servir de canal de intermediación entre el poder público y la sociedad. En su límite, el mal funcionamiento constituiría un factor de riesgo para la continuidad y consolidación de los procesos democráticos en el país”. (Rodriguez Martins, 2002: 32)

Las interpretaciones hasta ese momento elaboradas no hacían más que recoger algunos datos objetivos de la historia contemporánea brasileña. P. Peres (2000), en una de las más amplias evaluaciones realizadas respecto de la bibliografía “crítica” sobre las interpretaciones del sistema partidario brasileño, sitúa el problema en su dimensión:

“las desconfianzas respecto a la efectividad de la democracia y de sus instituciones representativas en Brasil no surgieron de repente [...] y muchos de los análisis y propuestas de reforma política reivindicadas actualmente poseen raíces bastante más antiguas”. (Peres, 2000: 19)

Ahora bien, a partir de 1994, el panorama tanto de los partidos, los espacios y referencias político-ideológicos, y la dinámica del sistema partidario, empiezan a modificarse y con ello, las racionalizaciones consecuentes.

No sólo hay una “simplificación” a partir de 1994 sino, más bien, y quizás ésta sea la marca del sub-período 1994/2002, un “intenso realineamiento” (Rodríguez Martins, 1995)⁹. Este “realineamiento fue muy concentrado en la base del gobierno, siendo el PSDB, el partido del Presidente, el más beneficiado” (Fleischer, 2007: 325). Alrededor del PSDB crecen los partidos que forman parte del gobierno de F.H. Cardoso, sobre todo el PFL – particularmente en la elección de 1998. Del otro lado hay un crecimiento sostenido del Partido dos Trabalhadores y del resto de su espacio, tanto a nivel municipal y estadual como en el Congreso.

Concentración del voto (Coaliciones PSDB/ PT)

Año	Elección Presidencial
1994	81,32%
1998	84,77%
2002	86,1%*

⁹ El análisis de los *realineamientos partidarios* involucra directamente la cuestión de la “organización partidaria” en tanto es allí donde se entablan las discusiones referidas a la “política de alianzas” que terminan definiendo la pertenencia a un sector u otro. La mayoría de los estudios sobre los discursos partidarios se refieren a la cuestión de la “política de alianzas”: “No es un detalle la cuestión de la política de alianzas: éste ha sido el principal tema de interés de los que se han ocupado por estudiar las posiciones internas de los partidos políticos” (Roma, 1999: 119). Hay que tener en cuenta que la mayoría de estos estudios, que miden la “política de alianzas” en función de los “índices de coalición de los partidos”, reducen parcialmente el significado de lo que aquí quiere darse a entender como *realineamiento partidario*: los partidos no son meros actores electorales, tienen también ámbitos de actuación más amplios y extensos, por ejemplo, respecto de los lenguajes circulantes. En este sentido, el *realineamiento partidario* debe comprenderse más como un aspecto general del sistema político, y su relación con la representación desde un punto de vista social, que como expresión de una potencial coalición.

* La elección presidencial del 2002 presentó cierta particularidad en lo que respecta a sus resultados. En un sentido estricto, la sumatoria de los porcentajes de las coaliciones del PSDB y del PT fue de 69,64%. Esto se debió a que a principios de ese año el PFL se retiró de la coalición gobernante, en primer lugar por cortocircuitos puntuales en el Congreso – derivados de un incidente de labor parlamentaria que involucró a uno de sus principales líderes, A. C. Magalhaes –y, luego, por la pretendida candidatura presidencial o vicepresidencial de R. Sarney, quien decidió retirarse luego de un escándalo de corrupción que involucraba a su entorno. El PFL no se presentó a la elección presidencial de ese año ni con candidatura propia, cuestión que no hacía desde 1989, ni en coalición con su principal aliado durante el período, el PSDB, cuestión que, por otro lado, estaría detrás del llamativo nivel de abstencionismo en la elección del 2002 - por encima del 20%, cuando el promedio general de la abstención, desde la vuelta a la democracia, estuvo por el 15% (Fleischer, 2007). Para poder establecer una caracterización más general respecto del desarrollo del sistema partidario brasileño, en sintonía con el enfoque que aquí se está planteando, y siguiendo la interpretación de A. Singer (2002), se sugiere incorporar “virtualmente” los votos del PFL en la sumatoria de las coaliciones presidenciales del 2002, dado que fue la única elección – incluso hasta la elección del 2010 – en la que el PFL

El realineamiento partidario termina, a su vez, teniendo efectos sobre la legitimidad de los partidos políticos en tanto mediadores de las dimensiones *ascendente* y *descendente* de la representación. “Entre 1989 y 2002, la proporción de electores que manifestaron preferencia por algún partido varió entre 41% y 54%” (D’Alva Kinzo, 2004: 142). Es decir, la composición de los dos “conglomerados políticos”, si bien fue un proceso gradual, permitió construir determinadas referencias políticas en la sociedad que, identificadas con los partidos políticos, otorgaron no sólo un respaldo ciudadano a la legitimidad de las instituciones democráticas como que, también, favorecieron la explicitación y visualización del carácter ideológico inherente a la representación partidaria.

“Ciertamente, el ritmo del avance partidario puede ser objeto de controversias y puede ser entendido como excesivamente lento. Pero la dirección de los cambios parece indicarnos el fortalecimiento de los partidos, tanto en lo que se refiere a la configuración de su perfil ideológico, capacidad para expresar demandas de la sociedad, como en lo que se refiere a la capacidad de dar sustentabilidad partidaria a los gobiernos”. (Rodríguez Martins, 2002: 48)

Los análisis de mediano plazo permiten registrar los cambios ocurridos desde 1994. La tendencia indica una “estabilidad” y “consolidación” que “invalidaría la afirmación de que [el sistema] sea totalmente inconsistente” (Peres, 2000: 142) durante el período. En ese sentido, los índices de “volatilidad ideológica”¹⁰ que miden las variaciones de las

no concurrió junto con el PSDB. Por lo tanto, el 86,1% mencionado en el cuadro anterior se compondría de la siguiente manera: 46,44% de la coalición PT, PL, PCdoB, PMN y PCB; 23,20% de la coalición PSDB y PMDB; y 16,46% del PFL, que surge considerando un promedio entre la media histórica del PFL y el promedio de los votos recibidos nacionalmente en las elecciones municipales del 2000 y 2004. No tener en cuenta al PFL por el hecho de que no se presenta a una elección conspira para una caracterización general de la etapa; de hecho, políticamente, se juntará con el bloque del PSDB ni bien asuma Lula como Presidente. Las elecciones presidenciales posteriores (2006, 2010 y 2014) confirman la *tendencia*: la concentración del voto entre las coaliciones PT/PSDB en las presidenciales del 2006 alcanzó el 90,25%; los datos del 2010 y 2014 presentan la distorsión que significó la candidatura de Marina Silva, aunque si se interpretan de forma similar a la elección del 2002 es una circunstancia que confirma la lectura aquí propuesta, con la salvedad de que la bancada “heredada” no emigra hacia el PSDB sino hacia la coalición gubernamental en el 2010, y se divide, en el 2014.

¹⁰ No es la intención describir las fórmulas utilizadas por los autores que trabajan con la categoría de la “volatilidad ideológica”. Aquí se menciona la categoría en tanto, complementariamente con otras, reafirma

preferencias del electorado entre los diferentes espacios ideológicos de la competencia – derecha, centro e izquierda- muestran, por ejemplo, una estabilidad mayor que muchos otros sistemas políticos, incluso europeos.

El “ lulismo ” y el “ cambio de época ”

Aquella *tendencia* de “consolidación de la competencia” entre los actores partidarios brasileños hacia el 2002 también debe ser observada en función de una particularidad de su juego político: el “presidencialismo de coalición” (Limongi y Figueiredo, 1998). La necesidad de articular alianzas parlamentarias, en Brasil, fuerza a que la composición de la coalición presidencial tenga que contemplar un reaseguro de gobernabilidad, siendo que las elecciones a Presidente y legisladores nacionales coinciden. Por como terminó la experiencia de Fernando Collor, de allí en adelante, los partidos nucleares de los dos polos competitivos (PSDB y PT) entendieron la lección.

Este fue el camino seguido, también, por el Partido dos Trabalhadores una vez que accede al gobierno (un poco a contramano de su propia historia política, varias veces reactiva frente al “realismo” del sistema, como su negativa a firmar la Constitución del ‘88 o a integrar el gobierno provisional de Itamar Franco): de una coalición presidencial, en el 2002, compuesta por 5 partidos (PT/PL/PCdB/PMN/PCB) pasa a liderar un amplio frente electoral de 9 partidos en el 2014 – con la incorporación de fuerzas políticas gravitantes en las esferas estaduais y municipales, como el PMDB, PSD, PSB y PRB. Fuerzas políticas que, en el inicio del Gobierno de Lula se habían opuesto de forma expresiva: el PMDB acompañó la fórmula del PSDB en la elección del 2002 llevando como compañera de fórmula de José Serra a Rita Camata.

Pero es precisamente esta ampliación (de su coalición política) desde el 2002 en adelante la que le permitió - y permite - al Partido dos Trabalhadores tener los reaseguros institucionales y legislativos necesarios para no quedar a merced de las eventuales *presiones destituyentes* de los sectores políticos siempre dispuestos a hacerlas; presiones

las consideraciones que se plantean. Sobre la “volatilidad ideológica” y las fórmulas de construcción de su índice, ver Nicolau (1997).

inducidas, sobre todo, desde los medios de comunicación, como ocurrió en el 2005 a propósito de esquema del “mensalao” y como sucede de tanto en tanto cuando, por algún episodio específico, se generan determinadas “corrientes de opinión”¹¹.

A su vez, hay que tener en cuenta que esta construcción política amplia – y sólida – fue posible gracias a un fenómeno identitario más abarcativo, enraizado en la cultura política brasileña. El crecimiento económico general y la incorporación de diferentes regiones al circuito de valorización y de inclusión social se desarrolló en composición con un cambio sustantivo tanto en las identificaciones sociales como en las políticas. El *lulismo* (Singer, 2012), esto es, el vínculo entre segmentos populares que se constituyen por primera vez en partícipes de las dinámicas económicas y Lula – como autoridad presidencial, por lo tanto, también proyectable a la figura de Dilma Rousseff – modificó el contenido y los formatos de lo que se entiende por “agenda pública”; cambió no sólo la cultura política sino también los principios de reconocimiento y valoración social entre los diferentes actores sociales y políticos.

La construcción de este canal de representación permitió instalar otro *ritmo* de ejecución a las transformaciones, no circunscribiéndolas a la inercia tradicional de las instituciones habituales. Se trata de un cambio estructural en el juego político brasileño que le otorga al proceso histórico su sentido orgánico, en un país marcado por la extensión de sus diferencias y la variedad de los factores intervinientes en su regulación. El *lulismo*, así, aparece como una pieza *necesaria* para lo que le corresponde al caso brasileño dentro del “nuevo giro político” de la región; el *lulismo* como la retaguardia social de los cambios a realizar. Un factor que vino a complementar los beneficios de la “estabilidad partidaria” heredada del ciclo previo al 2002 (que comienza en 1994) pero que por sí mismo no aseguraba, como lo demuestran los primeros años del Gobierno de Lula, que automáticamente se produjera un nuevo circuito entre Sociedad y Estado: en ese sentido, aquella *tendencia* era un requisito de *forma*, pero no una garantía de un mejor *contenido* para los asuntos públicos.

¹¹ En ese sentido hay que comprender, por ejemplo, las salidas de varios ministros de Dilma Rousseff en su primer año en la Presidencia.

Es a partir del dinamismo político impulsado por esta ampliación en la base de sustentación política, con la consecuente metamorfosis identitaria señalada, que se dieron las grandes transformaciones macro-económicas y de desarrollo e inclusión social de estos últimos años. Ahora bien, estos logros, a su vez, generaron otros cambios, como suele ocurrir en todo capitalismo que retoma su crecimiento; y más aún cuando se trata del capitalismo periférico, donde “los resortes de la modernización” dan saltos exponenciales al momento de asumir su re-activación. Problemas de diversos órdenes y magnitudes pero que tienen un aspecto clave: respecto de cómo procesar un elemento distintivo de esta etapa, una circunstancia indirectamente inducida por las transformaciones socio-económicas producidas: la aparición *ex-post* de una amorfa “ideología del mercado”.

A grandes rasgos, el *cambio de época* que viven nuestros países latinoamericanos debe comprenderse, prioritariamente, como consecuencia de la centralidad que volvió a ocupar el Estado en la regulación de la vida social. Su inducción permitió enormes avances de diversa índole – normativos, de clase, culturales, etc.- y un efecto más general: permitió revertir los imaginarios sociales del neoliberalismo, recuperar las autoestimas nacionales, la figura del ciudadano, reabrir las expectativas y percepciones del progreso. Pero tan importante como todos estos avances, en paralelo, se da otra forma de integración: mediante la extensión del mercado como socializador, a través del consumo. Más Estado y más mercado, combinados entre sí.

El problema son las derivaciones que esta *socialización a través del consumo* trae para el ámbito de la política. Aquello que se puede verificar, sobre todo, en algunos centros urbanos medianos y grandes de América Latina: la aparición de un (nuevo) clivaje cultural, una proposición ideológica contrapuesta a la que se desprende de la “frontera política” promovida por los gobiernos, esa que reintroduce al *conflicto* como posibilidad de disputa de los intereses. Esta otra ideología, que no es exactamente conservadora sino contemporánea a su tiempo – en tanto es elaborada al interior de esta misma etapa- propugna una “armonía” y un “equilibrio” societal, descansa sobre la importancia del *privatismo* para las relaciones sociales, poniendo como eje discursivo la subsunción de la figura del ciudadano en la del consumidor. Si bien aún no tiene una extensión orgánica en ningún país (aunque en cada uno de ellos haya fuerzas políticas de este tipo), la cuestión es

ver cómo los *realineamientos partidarios* del “nuevo giro político” pueden procesar este fenómeno, por así decirlo, *no deseado*. Si en la mayoría de los países este problema se presenta (para los gobierno progresistas) desde un punto de vista *vertical*, esto es, respecto de cómo establecer lazos de comunicación sus respectivas ciudadanías, el *lulismo* tiene el mismo problema pero desde un punto de vista *horizontal*.

Los *realineamientos partidarios* producidos por la mayoría de los gobiernos progresistas han sido efectivos; de hecho, como fuerzas político-sociales ocupan la mayoría de la escena, logran articular la “agenda pública”, la temporalidad democrática. No tienen, en ese sentido, una polémica *horizontal* con otras fórmulas representativas. Si bien es cierto que, en algunos distritos puntuales se han instalado expresiones electorales de esa “ideología del mercado”- como el PRO en la Ciudad de Buenos Aires o Rodas en Quito - por el momento ese clivaje no ha constituido un sujeto partidario (o varios) que pueda reestructurar el diseño de la competencia a escala nacional. Su gravitación está, más bien, latente y localizada territorialmente y se expresa, cuando lo hace, bajo otras actuaciones y ropajes, con la gramática que le brindan los medios de comunicación hegemónicos: convocatorias a espacios públicos o “cacerolazos”, acciones que, según la intensidad de las operatorias, pueden llegar a afectar la estabilidad del sistema político en cuestión, o generarle un *impasse*. De allí que, para estos casos, los *proyectos políticos* de estos Gobiernos tendrán que desplegarse hacia un tipo de diálogo *vertical* con la sociedad civil para poder desactivar – o, mejor dicho, reinterpretar, pero desde sus punto de vista políticos- lo que la socialización a través del consumo plantea como principio de subjetivación de la realidad, y antes de que se conviertan en potenciales articuladores partidarios.

El *lulismo*, a su manera, ha sido un exitoso constructor de amplias mayorías. Como fenómeno de identificación ha logrado establecer un tipo de comunicación *vertical* con la sociedad civil que, tras el significante Estado – sea Lula o Dilma Rousseff-, y en base a un contundente reacomodamiento (ascendente) de la estructura de clase, ha modificado de manera *intensa* las percepciones colectivas de lo que puede significar la movilidad social - algo que no ocurría desde los tiempos de G. Vargas. Los dilemas pasan a focalizarse, entonces, en una dimensión *horizontal* del *realineamiento partidario*: no por la fuerza

política que pueda desplegar el polo opositor – dirigido intelectualmente por el PSDB-, que ve progresivamente reducida su capacidad de intervención, sino por la actuación de aliados de la propia coalición gubernamental. Partidos políticos como el PMDB – o el PRB o el PSD- que, sin salirse de los efectos beneficiosos de mantenerse al interior del *lulismo*, captan electoralmente *para sí* el desarrollo e implantación de la “ideología del mercado”, reforzándola, como quedó claro en los discursos enunciados por algunos representantes de estos partidos en las disputas municipales del 2012 y, principalmente, en las presidenciales del 2014.

Al margen del impacto que sobre el sistema político en su conjunto pueden llegar a tener, no se trata de un aspecto secundario, en tanto es el marco de fondo para comprender las “nuevas derechas” en el caso del sistema político brasileño. La expansión (desde los aliados) de la “ideología del mercado” distorsiona la *correlación de fuerzas internas* de la coalición gobernante y desdibuja parcialmente los contenidos programáticos de la “frontera política” impuesta desde el 2002. Se trata de un problema (político) *horizontal* para el PT, o interno a la coalición: las “nuevas derechas” actuantes desde su propia formación. Comparativamente con los otros casos latinoamericanos puede decirse que el caso brasileño se encuentra en un paso más adelante (del mismo problema), circunstancia vinculada al hecho de que precisamente al iniciarse su propio “nuevo giro político” el sistema político brasileño se encontraba en una *tendencia* a contramano del resto: con una mecánica partidaria estabilizada y una interacción simplificada. En ese sentido hemos querido colocar los cambios en el sistema político: como estructuración sobre la cual los “nuevos problemas”/“nuevas derechas” realizan su impacto.

Dilemas democráticos latinoamericanos: “coaliciones partidarias” y nuevos problemas políticos

Los sistemas políticos son cambiantes, al compás del *movimiento* de sus sociedades. Tienen, al mismo tiempo, “sedimentaciones históricas” que hacen que una vez revertidas o continuadas ciertas *tendencias*, o como derivación de las mismas, otras problemáticas aparecen sobre la escena. En ese sentido, los *relineamientos partidarios* producidos desde

hace casi una década en buena parte de los sistemas políticos latinoamericanos están también sujetos a transformaciones y mutaciones. Un dilema compartido por los gobiernos del “nuevo giro político” es el de procesar conceptual y discursivamente los efectos *no deseados* del “cambio de época” y poder, eventualmente, resignificarlos, reinterpretarlos, darles otro *sentido* antes de que se vertebren culturalmente de manera más extendida. Al identificar la “nueva derecha” no debemos exclusivamente circunscribirlo a un partido o fuerza partidaria específica: se trata de un tipo de orientación que puede asumir diversos protagonismos, resultante de la articulación siempre dinámica entre *política* y *economía*, y viceversa. Son tareas pendientes, por ejemplo para el caso brasileño, el ver de qué forma se procesan los “nuevos problemas”. Quizás de su análisis particular pueda extraerse una inferencia más universal (para la región); en todo caso, se trata de un aspecto central, contemporáneo, en relación a la consolidación de las democracias latinoamericanas.

Bibliografía

- Cavarozzi, M. y Casullo (2002) “Los partidos políticos en América Latina hoy: ¿consolidación o crisis?” en Cavarozzi y Abal Medina (referencia siguiente)
- Cavarozzi, M. y Abal Medina, J. M. (h.) (comps.) (2002) *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario: Homo Sapiens.
- Cheresky, Isidoro. (2009) *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires: CLACSO .
- D’Alva Kinzo, M. (2004) “Partidos, Eleições e Democracia no Brasil pos 1985” en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, N° 54.
- D’Alva Kinzo, M. y Souza Carreirao, Y. (2004) “Partidos Políticos, Preferencia Partidária e Decisão Electoral no Brasil (1989/2002)”, *DADOS*, Vol. 47, N° 1.
- D’Alva Kinzo, M. (2005) “Os Partidos no Electorado: percepções públicas e laços partidários no Brasil” *RBCS*, vol. 20, N° 57.
- Echegaray, F. (2006) “Elecciones en Brasil: hacia un sistema político moderno y secularizado” en *Nueva Sociedad* n° 206, nov./dic. 2006, Caracas.
- Fleischer, D. (2007) “Os Partidos Políticos” en Avelar, L. y Cintra, A. (org.) *Sistema Político Brasileiro: uma introducao*. Sao Paulo: Editora Unesp.
- Gaspari, E. (2003) *A ditadura derrotada*. Sao Paulo: Companhia das Letras.
- Gurgel, A. y Fleischer, D. (1990) *O Brasil vai as urnas: retrato da campanha eleitoral*. Brasília: Thesaurus.
- Lamounier, B. y Meneguello, R. (1986) *Partidos políticos e consolidacao democrática: o caso brasileiro*. Sao Paulo: Brasiliense.
- Limongi, F. y Figueiredo, A. (1998): “Bases institucionais do presidencialismo de coalizao” en *Lua Nova-Cedec* n° 44, San Pablo.
- Mainwaring, S. (1993) “Democracia presidencialista multipartidária: o caso do Brasil” *Lua Nova*, N°23/24, 1993.
- Melhem, C. (1995) *Dinamica eleitoral e organizacao partidaria da oposicao ao governo : o caso do MDB/PMDB de 1965-1988*. Tesis de Doctorado/FFLCH-USP. San Pablo.
- Nicolau, J. (1996) *Multipartidismo e democracia: um estudo sobre o sistema partidário brasileiro*. Rio de Janeiro: Fundacao Getulio Vargas.
- Peres, P. (2000). “O Sistema Partidário Brasileiro e o Espectro da Instabilidade”. Dissertação - Mestrado FFLCH/ Universidade de Sao Paulo. San Pablo.

- Ramírez Gallegos, Franklin (2006) “Mucho más que dos izquierdas”. *Nueva Sociedad* (Caracas), N° 205, sept./oct 2006.
- Rodrigues Martins, L. (2002) *Partidos, ideologia e composicao social: um estudo das bancadas partidárias na Câmara*. Sao Paulo: Edusp.
- Rodriguez Martins, L. (1995) “Eleicoes, fragmentacao partidária e governabilidade” *Novos Estudos CEBRAP*, Vol. 41. 1995.
- Salas Oroño, Amilcar (2012) *Ideología y Democracia: intelectuales, partidos políticos y representación partidaria en Argentina y Brasil desde 1980 al 2003*. Buenos Aires: Pueblo Heredero/Sec. de Cultura de la Nación.
- Salas Oroño, Amilcar (2011) “Estado, mercado y kirchnerismo” *Página 12* (18/08/11)
- Salas Oroño, A. (2009) “Idiosincracias de terceros partidos en los sistemas políticos latinoamericanos: el caso del PMDB” Ponencia presentada en *Centros y Periferias: equilibrios y asimetrías en las relaciones de poder - IX Congreso Nacional de Ciencia Política*. Santa Fé.
- Safatle, Vladimir (2012) “O filho bastardo” *Folha de Sao Paulo* (04/09/12)
- Singer, André. (2012) *Os sentidos do lulismo*. Sao Paulo: Companhia das Letras.
- Stepan, A. (1988) *Democratizando o Brasil*. Río de Janeiro: Paz e Terra.